

case la sombra quando pasasen los Santos Apóstoles, tal momento cobraban salud ⁵, y otras muchas señales estupendas que hacian en nombre de Christo. Y finalmente veian resucitar los muertos. Cuyos portentos, pues concediéron que así se obráron, como se lee en los escritos Apotólicos, ved aquí como á aquellos tres prodigios increíbles, podemos añadir otros infinitos increíbles. Y para que crean un suceso increíble que se dice de la resurreccion de la carne, y de la ascension al cielo, aglomeramos tantos testimonios de tantos increíbles, y con todo no podemos apartar de su increíble rudeza á estos incrédulos, para que den crédito á estas infalibles verdades. Y si no creen tampoco que los Apóstoles de Christo obrasen tales milagros, para que les creyesen la resurreccion y ascension que predicaban de Christo, á nosotros nos basta solo este grande prodigio, que sin milagros lo haya creído todo el orbe de la tierra.

CAPÍTULO VI.

Como Roma amando á su fundador Rómulo, le hizo Dios, y que la Iglesia creyendo en Christo, le amó.

Traigamos tambien aquí á la memoria aquello que celebra y admira Tulio sobre haberse dado asenso á la divinidad de Rómulo: pondré sus mismas palabras como él las escribe: cosa es, dice, mas admirable la de Rómulo, porque los demas Dioses que dicen se hicieron de los hombres, fuéron en siglos menos ilustrados, de manera que fue mas facil el fingirlo, quando los imperitos é ignorantes se movian sin dificultad á creer. Pero observamos que los tiempos de Rómulo, fuéron hace seiscientos años ⁶ no cabales, habiendo ya adquirido su antiguo esplendor las letras y las ciencias ⁷, y desterrádose ya aquel antiguo y envejecido error de la vida inculta y agreste de los hombres. Y

poco despues del mismo Rómulo , dice así , lo que pertenece á este mismo intento : de lo qual se puede inferir , añade , que muchos años antes fue Homero que Rómulo , de manera que siendo ya los hombres sabios , y los mismos tiempos ilustrados apenas había lugar para poder fingir patrañas. Porque la antigüedad recibió las fábulas compuestas en ocasiones mal é impropriamente. Pero estos tiempos como se hallan ya cultivados , rechazando principalmente todo lo que es imposible , no las admiten. Uno de los hombres mas doctos y eloqüentes de su tiempo , Marco Tulio Ciceron , dice que por eso se creyó milagrosamente la divinidad de Rómulo , porque los tiempos estaban ya ilustrados , y no admitían las falsedades de las fábulas. ¿Y quién creyó que Rómulo fue Dios sino Roma , y esto siendo aun poblacion reducida , y quando comenzaba á cimentarse en su futura gloria? Porque despues los descendientes hu-

biéron de conservar en su memoria necesariamente las tradiciones que recibieron de sus predecesores , para que creyese la ciudad con la supersticion que había mamado en cierto modo en la leche de su madre , y llegase á poseer un Imperio tan vasto y dilatado , que de su cumbre y mayor elevacion , como de un lugar mas encumbrado , bañase con esta su opinion las otras naciones á quienes dominaba. De suerte , que aunque no lo creyesen , con todo llamasen Dios á Rómulo por no ofender el honor de la ciudad , á quien rendian vasallage en asunto de su fundador , llamándole de otra manera que Roma , la qual creyó aquella patraña , y no por cierto , por causa de este error , sino por el yerro de un amor desordenado y apasionado. Pero á Christo aunque es fundador de la ciudad celestial y eterna , sin embargo , no porque la erigió le tuvo esta por Dios , antes sí por lo mismo ha de irse fundando paulatinamente porque lo creyó.

Roma despues de ya fundada y dedicada, veneró á su fundador como á Dios en el templo que le edificó; pero ésta Jerusalem para poderse fundar y dedicar puso á Christo Dios su fundador en el fundamento de la fe. Aquella amando á Rómulo, creyó que era Dios; esta creyendo que Christo era Dios, le amó. Así como allá precedió el motivo para que Roma le amase, y del amado creyese ya de buena gana aun el bien que era falso: así precedió aquí causa, por la que esta creyese, y con fe sincera, no sin justó motivo amase, no lo que era falso, sino lo que era verdadero. Porque además de tantos y tan estupendos milagros, que hicieron persuadir aun á los más obstinados que Christo era Dios, tambien precedieron profecías divinas, dignas por todas sus circunstancias de fe, las quales, no como lo hicieron los Padres, todavia creemos que han de cumplirse, sino que las observamos ya verificadas plenamen-

te. Mas de Rómulo, porque fundó á Roma, y reynó en ella, oimos y vemos lo que pasó y sucedió, y no un portentó que antes estuviese vaticinado; pero el que fue alistado en el número de los Dioses, dicen las historias que se sostuvo y creyó, mas no nos lo prueban ó manifiestan que se hizo. Porque con ninguna señal maravillosa se evidencia que realmente sucediese así: pues la loba que crió á los dos hermanos, lo qual parece haber sido un singular portentó, ¿de qué sirve, ó qué prueba para hacernos ver que era Dios, mediante á que por lo menos si aquella loba no fue positivamente una ramera, sino una bestia, el milagro debia ser comun y extensivo á los dos hermanos, y sin embárgo no tienen por Dios á su hermano? ⁸ ¿Y á quién le prohibieron que no confesase por Dioses á Rómulo ó á Hércules, ó á otros tales hombres, y quiso antes morir, que dexarlo de confesar? ¿O acaso hubiera alguna nacion

que adorara entre sus Dioses á Rómulo si no les obligara á este vano rito el temor del nombre Romano? ¿Y quién podrá numerar la inmensa multitud de los que quisieron antes morir con qualquiera género de muerte cruel é inaudita, que negar la divinidad de Christo? Asi que, el temor de una indignacion levisima, que se entendia podia proceder de los animos de los Romanos, sino se hiciera, pudo forzar á algunas ciudades que estaban baxo el yugo y jurisdiccion Romana, á adorar á Rómulo como á Dios; pero de adorar á Christo por Dios, y confesarle por tal, no pudo revocar el temor y miedo á un número tan considerable de Mártires esparcidos por todo el ámbito de la tierra, y no qualquiera temor de alguna ligera ofensa de animo, sino de penas y tormentos inmensos y varios, ni aun el terror de la misma muerte, que suele ser mas horrible que todos los tormentos juntos. Y la ciudad de Christo, aunque en-

tonces era todavia peregrina en la tierra, y tenia grandes esquadrones de crecidos pueblos y gentes⁹, con todo no cuidó de resistir y pelear contra sus impíos perseguidores en defensa de su vida y salud temporal, antes sí por conseguir la eterna, no les repugnó. Los prendian, encarcelaban, azotaban, atormentaban, abrasaban, despedazaban, mataban, y se multiplicaban. No tenian otro modo de pelear para salvar su vida, que despreciar la misma vida por el Salvador. Conservo en la memoria, que en el libro tercero, si no me engaño, *(de Republica de Ciceron)*, se trata y dice que una ciudad buena y consumada en virtud, no debe emprender guerra, sino es ó por la fe, ó por la salud pública. Y lo que llama salud, ó que salud quiere significar, en otro lugar lo manifiesta, diciendo: pero de estas penas, las que sienten aun los mas insensatos, como son indigencia, destierro, prision y azotes, se libertan en ocasiones los par-

riculares con acabar de improviso la vida.) Pero para las ciudades, la pena mayor es la misma muerte, la qual parece que liberta á cada uno de la pena; porque la ciudad ha de estar establecida y ordenada de tal conformidad que sea eterna. Asique, no hay muerte natural para la República, como la hay para el hombre, en quien la muerte no solo es necesaria, sino que muchas veces se debiera desear. Mas quando una ciudad es assolada, destruida y aniquilada, es semejante en cierto modo (comparando los objetos pequeños con los grandes) como si todo este mundo pereciese y se acabase. Esto, dice Ciceron, porque siente con los Platónicos, que el mundo no ha de fenecer. Asique, consta que quiso que la ciudad emprenda la guerra por conseguir aquella salud, con la qual permanezca en el mundo la ciudad, como él dice, eterna, aunque se le mueran y nazcan uno á uno los ciudadanos, como es perenne y perpetuo el verdor de

los olivos, laureles y demás árboles de esta calidad, cayéndoseles y nasciendo una á una las hojas. Porque la muerte, como dice, no la da cada hombre de por sí, que esta por la mayor parte libra de pena á cada uno de por sí, sino la da toda ella es pena de la ciudad. Por lo qual con razon se duda si obraron bien los Sargentinos, quando quisieron mas que pereciese toda la ciudad, que violar la fe de los tratados con que estaban aliados con la República Romana, en lo qual por la resolucion que tomaron son tan celebrados por los ciudadanos de la ciudad terrena. Mas no penetro como pudieran obedecer á esta doctrina, por la qual se ordena que no debe emprenderse guerra sino por la fe ó por la salud pública: pues no dice quando estas dos circunstancias concurren juntamente en un mismo peligro; de manera que no se puede guardar la una sin la pérdida de la otra: en tal caso ¿qué es lo que debe elegirse?

porque sin duda , que si los Saguntinos escogieran la salud , les fuera preciso desamparar la fe. Y si habian de guardar la fe , habian de perder la salud , como en efecto lo hicieron ; pero la salud de la Ciudad de Dios es de tal calidad , que se puede conservar , ó por mejor decir , adquirir con la fe y por la fe ; mas perdida la fe , ninguno puede venir á ella. Y esta aprehension en unos corazones constantes y sufridos formó tantos y tan ilustres Mártires , que no los tuvo , ni pudo tener tales , ni uno solo , quando fue tenido por Dios Rómulo.

CAPÍTULO VII.

Que fue virtud divina, y no persuasión humana, que el mundo creyese en Christo.

Aunque es ridiculez hacer mencion de la falsa divinidad de Rómulo quando hablamos de Christo ; sin embargo , habien-

do sido Rómulo casi seiscientos años antes de Escipion , y confesando que aquel siglo estaba ya ilustrado y cultivado con el estudio de las ciencias , de manera que desechando todo lo que no es posible , no lo admita ; quanto mas despues de seiscientos años en tiempo del mismo Ciceron , y especialmente en lo sucesivo , reynando ya Augusto y Tiberio , es á saber , en tiempos mas ilustrados , ¿ cómo pudiera admitir el entendimiento humano la resurreccion de la carne de Christo y su ascension á los cielos como suceso que no puede ser ? y mofandose de ella no la escuchara ni admitiera ; si no probaran y demostraran que pudo ser , y que fue así , la divinidad de la misma verdad , ó la verdad de la divinidad , y los testimonios evidentes de los milagros ; de forma que por mas terror y contradiccion que pusieron tantas y tan grandes persecuciones , la resurreccion é inmortalidad de la carne que precedió en Christo , y la que

despues ha de suceder en los demas allá en el nuevo siglo, no solo fue creida fielmente, sino que fue predicada con heroyco valor, sembrada por toda la redondez de la tierra, y regada con la sangre de los Mártires para que brotara, se fomentara y creciera con mas abundancia y fecundidad; pues se leian los pregones que precedieron á los Profetas, concurrían las señales, prodigios y virtudes, y se persuadia la verdad, aunque nueva al sentido y uso ordinario, mas no contraria á la razon, hasta que todo el orbe, que la persiguió con extraño furor y crueldad, la siguió y abrazó con la fe Católica.

CAPÍTULO VIII.

De los milagros que se obraron para que el mundo creyese en Christo, y los que aún se continúan obrando, sin embargo de creer las gentes en el Señor.

Por qué causa (dicen) no se obran al presente aquellos milagros que predicais se hicieron entonces? Aunque pudiera congruamente decir que fuéron absolutamente necesarios al principio antes que creyese el mundo en Jesu-Christo, para que creyeta realmente en su sana doctrina. El que todavia para establecer ó radicar su creencia busca prodigios, no dexa de ser un grande portentó, pues creyendo toda la tierra no cree él. Pero nos hacen esta objecion porque creamos que ni aun entonces se obraron aquellos milagros. Pregunto: ¿por qué razon se celebra por toda la circunferencia de la tierra con tanta fe el grande misterio de haber subido